

con la advocacion de San Pedro y San Pablo. Entre las iglesias, la de la Trinidad puede decirse que fué obra propia suya, pues él mismo trazó los planos y espendió cuantiosas sumas de su Real patrimonio para la conclusion. Pero la mas admirable de las obras de Felipe fué el Real monasterio del Escorial, dedicado á San Lorenzo por haber acaecido en el dia de este insigne mártir español la victoria que consiguió en la batalla de San Quintin. Este monumento, dice un historiador extranjero, muestra la piedad y poder del soberano que le erigió, asi como su gusto por las bellas artes. Costó, segun afirma el P. Andrés Jimenez, cinco millones doscientos sesenta mil quinientos y setenta escudos. Su biblioteca, que es una de las mas preciosas y abundantes que se conocen, fué formada en su mayor parte al gusto del fundador, quien la enriqueció con libros muy esquisitos. Procuró asimismo impetrar de los Papas la ereccion de algunas nuevas diócesis. A su solicitud y por la autoridad del Sumo Pontifice Pio V se estableció la silla episcopal de Jaca, desmembrando su territorio de la diócesis de Huesca, y siendo nombrado por su primer obispo don Pedro de Fraga, natural de Aragon, que asistió como obispo de Cerdeña al santo concilio de Trento. Fué condecorada tambien Barbastro con silla episcopal, separándola igualmente de la de Huesca, y tuvo por primer obispo á fray Felipe Gurrea, del orden de Santo Domingo. Trató además de dar cumplimiento al decreto con que el Papa Julio III habia erigido en obispado la ciudad de Orihuela, nombrando en el año de 1566 por su primer obispo á don Gerónimo de Gallo, y obtuvo por último que se elevase la silla de Burgos á la dignidad de metropoli.

Esta constante aplicacion de Felipe al gobierno interior de sus Estados y á labrar la felicidad espiritual y temporal de sus pueblos, no le impedia sin embargo atender á las relaciones con los países extranjeros que cada dia se complicaban mas y mas. Habia estendido sus pretensiones al reino de Francia, de lo cual, y de haber ocupado aquel trono Enrique IV, gefe hasta entonces, y acérrimo defensor de la causa de los hereges, tomó principio una nueva guerra entre dos monarcas. Protegiendo el de Francia la sublevacion de los flamencos, habia prolongado la

lucha en aquella parte de los Estados de Felipe, por lo cual disponia este numerosas fuerzas para reducir la Holanda y hacer entrar en razon al monarca francés; pero como su avanzada edad no le permitiese seguir esta grande empresa, cedió los Países-Bajos á su hija mayor la infanta doña Isabel, con la idea de casarla con el archiduque Alberto. Finalmente, hizo la paz con el rey de Francia sintiéndose ya herido de una grave enfermedad. Consumido de una calentura lenta por espacio de tres años, y atormentado con los agudísimos dolores de la gota, á que se añadió despues la hidropesía, conoció que se acercaba el dia de su muerte; ordenó que le llevasen al Escorial, y habiéndole advertido que la agitacion del camino le pondria en peligro de morir, respondió: *Yo mismo seguire mis funerales hasta el sepulcro.* Vivió aun cincuenta y tres dias postrado y lleno de llagas, y en todo este tiempo se mantuvo invencible y uniforme su animo contra aquella multitud de dolores y miserias, conservando la serenidad de su semblante. Entretanto enviaba dones y ofrendas á las iglesias y santuarios á fin de aplacar á Dios, que era el objeto de todas sus oraciones, y en todas partes se hacian fervorosas rogativas por su salud. Lavaba frecuentemente las manchas de su alma por medio de la confesion, protestando que queria descargar su conciencia y no omitir para esto diligencia alguna. Comulgó muchas veces con admirables demostraciones de piedad y gran recogimiento de animo que se manifestaba aun en su mismo rostro. Para disponerse al último combate, pidió con mucha instancia el Santo Sacramento de la Eucaristia, la que le administró el arzobispo de Toledo, y la recibió con tanta tranquilidad de animo en medio de los cruelísimos dolores que sufría, que parecia estar enagenado de todo sentido. Mandó á su hijo y heredero que se hallase presente á este acto: «para que entre la magestad y elevacion peligrosa del trono se acordase que era mortal, y que llegaria el dia en que se viese en el mismo lance; por lo cual debia tener siempre á la vista el ejemplo de su padre, para que él mismo lo practicase cuando se hallase en igual estado.» Conversaba algunas veces con varones pios y religiosos, discurriendo sobre el desprecio del mundo y su miseria, sobre la separacion del alma

de los vinculos y lazos del cuerpo, sobre la estrecha cuenta que habia de dar al Juez Supremo, y sobre otras cosas semejantes, con grande enteraza de animo. Dos dias antes de morir llamó á su presencia al principe don Felipe y á la infanta doña Isabel, y les echó su bendicion. Encargóles con el mayor cuidado que guardasen y defendiesen la Religion católica, y les dió muy saludables consejos para el buen gobierno del reino y para vivir santamente. Despues arrojó y dispuso el orden que se habia de observar en sus funerales y entierro, que en todo habia de ser comun y vulgar, y otras prevenciones relativas á su última partida. Hizo tambien que le llevasen á su cuarto el atahud en que habia de ser depositado su cuerpo, y que se le pusieran delante para considerar en aquel triste espectáculo el poco tiempo que le quedaba de vida. Por último, cuando conoció que se le iban acabando las fuerzas mandó que le llevasen un Crucifijo que su padre, el César Carlos, tuvo en su mano al tiempo de espirar, y teniéndole en la diestra y en la izquierda una vela encendida con la imagen de la Virgen Maria que se venera en Monserat, bañado todo en lagrimas, y con un afecto fervoroso imploró la divina clemencia y el perdón de sus culpas. Sus últimas palabras fueron que moria católico ó hijo obediente de la Iglesia romana. Luego que dejó de hablar, volvió los ojos al Crucifijo que tenia en su mano y de este modo espiró tranquilamente el domingo 13 de setiembre al amanecer, habiéndose á los sesenta y un años de su edad.

La mayor parte de los historiadores extranjeros nos presentan á Felipe II como un principe sanguinario, que sacrificó innumerables víctimas al fanatismo religioso, y que llenó de luto y de desolacion los Países-Bajos, la Inglaterra, la Francia y aun la misma España; pero basta lo dicho para conocer el espíritu de partido que dirigia la pluma de semejantes escritores. Felipe fué verdaderamente, como dice el P. Milana en su elogio, un gran rey, cuyo poder admiraba y temia todo el orbe. Sin embargo, en tan elevada fortuna fué modesto, prudente, grave, piadoso y tan amante de la verdad, que no podia tolerar que ninguno mintiese ni aun en chanzas. Fué mucho mas célebre por su talento en el manejo y despacho de los negocios desde el retiro de su gabinete,

que en la pericia militar, cuya profesion aborrecia en cierto modo, ó por natural carácter ó por el contrario hábito de dirigir todas las cosas con la pluma lejos del tumulto de la guerra, ó por uno y otro. Acostumbrado, pues, desde niño á la corte y al examen de los negocios civiles, era muy poco inclinado por su naturaleza al estruendo de Marte, y estaba persuadido que la magestad regia no debia sostenerse por la fuerza, sino con el consejo apartado del peligro. Tenia además otras causas que le retraian de la milicia personal, pues la dilatada estension de su imperio, que abrazaba las dos estremidades del orbe, exigian de él que repartiase sus cuidados en tan varias y tan distantes regiones, y que su espíritu se hallase en todas partes. Punzábale tambien el cuidado y solicitud de corregir y arreglar muchas cosas asi sagradas como profanas, que con las largas ausencias de su padre y sus continuas guerras en países remotos, se hallaban abandonadas y descuidadas, y finalmente los escelentes generales que se educaron en las compañías del César, desempeñaban tan cumplidamente su ministerio, que de ningun modo era necesaria su presencia; pero con su gran juicio y prudencia dirigia las operaciones de todos. Por esto, pues, hizo las guerras por medio de sus tenientes, las que ciertamente fueron perpeñas contra los enemigos de la Religion católica, y era tal su piedad, que jamás pudo resolverse á hacer paces con ellos. La perspicacia de su talento le adquirió el renombre de prudente. Solo se echaba de menos en él la popularidad paternal y algo de mas suavidad en su trato.

A mas de las obras que hasta aquí hemos mencionado, estableció un archivo general en la fortaleza de Simancas, habiéndola añadido nuevas obras, y cuidó que se recogiesen en ellas escrituras y documentos públicos, así sagrados como profanos, que antes se hallaban dispersos en muchas partes, y que se custodiaban con gran diligencia. Hizo fortificar y guarnecer las costas de America y de España, erigiendo en ellas fortalezas y atalayas para alejar á los piratas; y finalmente fabricó astilleros, puertos y otras innumerables obras públicas para el resguardo y defensa de estos reinos. Recogió, alimentó y socorrió á los obispos ingleses, irlandeses, griegos y armenios espulso

de sus diócesis, y á todos los católicos perseguidos, con una piedad digna de eterna alabanza, de tal modo que España era el hospicio y asilo de todos cuantos padecían por causa de religión. Reprimió con mucha severidad y aun estinguió enteramente los perniciosos partidos de los grandes. Mandó á los consejeros que vistiesen la toga para que este trage les conciliase la veneracion y respeto de todos. Anuló por medio de una pragmática los vanos títulos que con excesivo fausto y arrogancia se atribuían los nobles unos á otros, y señaló el tratamiento que correspondía á cada clase, imponiendo penas á los contraventores. Fué aficionado al estudio de la matemática, de la historia y de la filosofía moral. La estatura de su cuerpo era regular y algo mediana, su frente grande, su rostro blanco, y su cabello rubio y cortado segun la costumbre de aquellos tiempos, el que despues se mudó con la edad en venerables canas: sus ojos azules y en que se manifestaba la magestad de su persona, no menos que en su modo de andar; finalmente, todo su exterior era venerable y lleno de decoro.

Celebradas sus exequias, su hijo y sucesor Felipe III escribió en el mismo dia al Sumo Pontífice dándole noticia de la muerte de su augusto padre, y rogándole con encarecidas súplicas que le tuviese en lugar de hijo. No solo fué llorada la muerte de Felipe II en todos los dominios de España, sino tambien en muchas partes de Europa, cuyos principes no podían olvidar los beneficios que de él habían recibido. Distinguióse en particular el Soberano Pontífice Clemente VIII con todo el Sacro Colegio, en la espresion de sentimiento que le causó tan funesta nueva. Veía estinguido en la muerte de Felipe el primer monarca del mundo, el más firme apoyo de la Religión, y el príncipe más adicto á la Cátedra de San Pedro. Mandó pues Clemente celebrar sus funerales con extraordinaria magnificencia, y manifestó despues cuánto apreciaba y respetaba la memoria de Felipe con los honores que dispensó á sus augustos hijos los reyes de España y los principes de Flandes.

Durante este reinado se celebraron en España algunos concilios, cuyo principal asunto fué la aceptación de los decretos de Trento. Cristóbal de Sandoval, obispo de Córdoba,

presidió el de Toledo, por hallarse en Roma el arzobispo Carranza. Gaspar de Avellaneda, arzobispo de Santiago, juntó en Salamanca el que fué llamado compostelano provincial; en Granada le congregó su arzobispo Pedro Guerrero; en Zaragoza, don Alfonso de Aragon, y don Martin de Avala en Valencia. Tuviéronse todos estos concilios en los años 1565 y 1566, y fueron despues aprobados sus decretos por la Sede apostólica, como consta mas por estenso en la coleccion del cardenal de Aguirre. En 1581 se celebró otro concilio provincial en Toledo, al que concurrieron siete obispos, dos abades y algunos procuradores de los prelados ausentes. Presidió en él el cardenal don Gaspar de Quiroga, y se establecieron bajo su direccion muchos decretos pertenecientes á la disciplina y al bien espiritual de los fieles. Asistió á este concilio entre los procuradores de las iglesias don Garcia de Loaisa, ilustre por su sabiduria y santidad, á quien nombró despues el rey don Felipe para maestro del príncipe su hijo. Seria preciso trascribir aqui todas las actas de estos sinodos para manifestar de lleno la doctrina y el espíritu de celo que tanto resplandeció en aquellos prelados. Apenas se podrá notar cosa alguna perteneciente á las costumbres del clero en particular y de todos los fieles en general, para la que no dictasen reglas exactas y de todo punto conformes á la santa reforma obrada en Trento. Viéronse establecidas en España y aplicadas á la conducta de los diferentes estados de su iglesia las máximas é instrucciones del grande arzobispo de Milán, que tan justamente celebra Berault en su historia; y las sinodales formadas en el siglo diez y seis por los primeros prelados de nuestra nacion serán en todos tiempos un monumento que atestiguará la santidad y sabiduria del obispado español.

Reduciéndonos á hacer una sucinta memoria de los mas distinguidos de estos prelados y de los mas santos de sus cooperadores, se nos ofrece en primer lugar el santo arzobispo de Valencia Tomás de Villanueva. Nació á fines del siglo quince, y educado desde su niñez en la piedad, dió ya entonces claras muestras de su futura perfeccion. La caridad y misericordia para con los indigentes parecieron haber nacido con él: tan admirable se manifestó en estas virtudes desde muy tierno. Con-

cluidos sus estudios en Alcalá de Henares, y habiendo abrazado la vida religiosa en la orden de San Agustín, llenó tan cumplidamente todos los deberes de un perfecto religioso, que no solo restableció con su ejemplo el fervor de los primeros hijos del grande obispo de Hipona, sino que tambien promovió en muchos conventos de la península la reforma de su orden. Elegido despues para el arzobispado de Granada, supo vencer con su humildad y constancia el empeño y firmeza con que le mandaba su soberano obedecer; mas de allí á poco vióse precisado por un precepto del Sumo Pontífice y de sus superiores regulares á ocupar la silla metropolitana de Valencia. Su vida como arzobispo fué consiguiente á la humilde repugnancia con que se habia opuesto siempre á su promocion. Resplandeció sobre todo en él por la defensa de la libertad eclesiástica y restablecimiento de su disciplina; pero la virtud característica de este digno sucesor de los Apóstoles fué la caridad con los pobres y afligidos, en la que fué tan extraordinario que, despues de haber repartido las cuantiosas rentas de la mitra y hasta sus cortos muebles, hallándose próximo á morir dió á un padre de familias necesitado su propia cama que era lo único que le habia quedado, y ordenó que le pusiesen en el suelo sobre una estera. Rehusaron sus domésticos hacerlo, y entonces pidió á aquel hombre con humildes ruegos que le prestase por un corto espacio aquella misma cama, en que espiró á 8 de setiembre de 1556. Mandó que le enterrasen en la iglesia de nuestra Señora del Socorro de religiosos agustinos, donde se venera aun su sagrado cuerpo. Entre otros monumentos de su piedad edificó y dotó algunos colegios, siendo el principal de todos el de la Presentacion de Maria Santísima, que vulgarmente se llama de Santo Tomás, del cual han salido varones insignes en piedad y sabiduria. Todavía se conserva en el palacio arzobispal su pequeña biblioteca, y los hombres doctos hacen granle aprecio de los sermones latinos de este Santo, verdaderamente piadosos y de una sólida elocuencia.

En el mismo año que Santo Tomás de Villanueva falleció don fray Bartolomé de las Casas, natural de Sevilla, del orden de Santo Domingo, á los noventa años de su edad. Trabajó infatigablemente en libertar á los indios

oprimidos contra toda justicia, y consiguió con sus representaciones y celosos discursos que el César declarase la libertad de aquellos hombres miserables, ó por mejor decir, que ratificase la que les habia declarado don Fernando el Católico. Fué electo obispo de Chiapa; pero permaneció poco tiempo en su diócesis, porque no podía tolerar que los naturales fuesen tratados tan indignamente por algunos españoles corrompidos de la avaricia. Habiendo renunciado el obispado, regresó á España, donde no cesó de reprender con sus escritos los excesos que se cometían en América. Se le ha criticado varias veces de sobrada vehemencia y ardor en sus apologías por los americanos; pero sea lo que fuere de sus espresiones y de su estilo lleno de fuego, lo cierto es que dió ocasion al emperador y al rey Felipe II para que dictasen las leyes mas sabias, justas y paternales para el gobierno de sus súbditos del Nuevo-mundo.

El dolor que afligió á la iglesia de Valencia, en la muerte de su santo prelado Tomás de Villanueva, fué de corta duracion; pues le deparó el Señor en su misericordia un dignísimo sucesor (aunque no inmediato) de aquel modelo de pastores en el beato patriarca y arzobispo Juan de Rivera. Este nobilísimo español, nacido en Sevilla en 1532, y manifestando desde sus primeros años una inclinacion decidida á todas las prácticas de piedad, y una aplicacion y gusto exquisito en las ciencias, no solo supo conservar, sino que aumentó con sus ilustres hechos, doctrina y santidad la nobleza del linage que habia heredado de sus padres. Era tan exacto en la práctica de las virtudes cristianas, que el maestro bajo cuya direccion estudiaba las ciencias se gradaba en la universidad de Salamanca acostumbraba á decir de él, que Dios le habia destinado para corregir con su ejemplo los vicios y reformar las costumbres de sus coetáneos. Este género de vida y la fama de doctrina que en breve adquirió en aquella universidad le merecieron que el Papa, á instancias de Felipe II, le promoviese al obispado de Badajoz, aun antes de la edad de treinta años prescrita por los cánones. Gobernó su obispado cual otro Timoteo, sin separarse en lo mas mínimo de las instrucciones que daba el Apóstol de las gentes á aquel jóven obispo. En el concilio provincial

compostelano esplicó con tanto acierto los deberes del clero y todo lo perteneciente a los oficios eclesiásticos, que lleno de admiración a los demás PP. del sínodo, y fue el principal autor de los sabios decretos que en él se establecieron. Su fama se extendió por todas partes, de suerte que movido el santo Papa Pio V de las noticias de la sabiduría y santidad de Juan, publicó sus alabanzas en un consistorio de cardenales, le condecoró con el título de patriarca de Antioquia, y lo trasladó poco después de la Silla de Badajoz á la metrópoli de Valencia. No es posible reducir á compendio las grandes acciones que ejecuto este dignísimo prelado en la ciudad y en toda la diócesis, ya como arzobispo, ya como virey y capitán general nombrado por Felipe III á pesar de su repugnancia. A él debe el reino de Valencia la total espulsion de los moriscos, obra que le costó inmensos trabajos y que llevó á cabo con su celo y vigilancia pastoral. Las frecuentes visitas de su diócesis, la predicación de la palabra de Dios, la administración de los sacramentos, la celebración de concilios, el socorro de todos los necesitados en que espendió la mayor parte de su pingüe patrimonio, la reparación de algunas iglesias y la construcción de otras nuevas, tales fueron las obras en que se ocupó diaria e incansablemente por espacio de cuarenta y nueve años hasta el último momento de su vida. Pero entre todas sus virtudes resplandeció singularmente su tierna devoción al augusto Sacramento de los altares. Deseoso de promover su culto, no se contentó con emplear el mismo cotidianamente muchas horas en su adoración, y en no dejar pasar un solo día sin celebrar el santo sacrificio, sino que también y para escitar á los demás edificó con inmensos gastos la suntuosa obra del colegio llamado *Corpus Christi*, y que ahora se apellida comunmente del Beato Patriarca, y procuró alcanzar del Sumo Pontífice un gran número de indulgencias á favor de todos los que visitaren devotamente la iglesia de dicho colegio en determinados días. Fijó él mismo su morada en el citado colegio, donde por fin murió el día que había predicho, á saber, el 4 de enero de 1611. Su sepulcro ha sido ilustrado con repetidos milagros, que confirmaron después de su muerte la opinión de santidad que gozaba ya en vida, y por la que le

respetaron tanto todos los grandes hombres de su tiempo, entre los que se deben contar especialmente los Papas San Pio V, Clemente VIII y Paulo V, el cardenal arzobispo de Milan San Carlos Borromeo, y los santos religiosos Luis Bertran y Nicolas Factor. Fue beatificado solemnemente por Pio VI en 18 de setiembre de 1796.

La época en que gobernó el beato Juan de Ribera la santa iglesia de Valencia parece que fue destinada por el cielo para derramar sobre esta porcion del rebaño de Jesucristo el lleno de sus misericordias, suscitando en ella un gran número de Santos y hombres venerables que ahora adornan ya sus altares. Uno de estos, y el mas estrechamente unido con el beato Patriarca, fue San Luis Bertran, otro de los Santos mas ilustres que ha tenido la orden de predicadores. Nació en Valencia á principios del año 1527, y á los diez y ocho años de su edad tomó el hábito en el convento de Santo Domingo de la misma, edificando y admirando á todos los religiosos con sus tempranas virtudes y con su asombrosa penitencia. No bien habia concluido sus estudios, cuando pidió y obtuvo licencia de su general para ir á predicar el Evangelio en las Indias occidentales. Su vida en aquellas regiones fue la de un apostol, y el fruto de sus predicaciones correspondió admirablemente á su grande celo: dícese que en un solo día bautizó en Nueva-Granada mil y quinientos infieles. Vuelto á su patria, volvió á edificarla con sus virtudes: fue el modelo de sus hermanos, el consuelo de los fieles, y el amigo de los grandes Santos que entonces habia enviado el cielo á Valencia. Murió rodeado de ellos en 1581, y antes de treinta años ya empezó á ser venerado sobre los altares, habiéndole beatificado el Sumo Pontífice Paulo V. Canonizólo Clemente X, y Alejandro VIII le declaró patrono del reino de Nueva Granada.

Contemporáneo de Bertran y émulo de sus admirables virtudes fue Nicolás Factor, religioso de la observancia de San Francisco, cuya regla abrazó en su juventud en el convento de Jesus. Mas no contento su fervor con el exacto cumplimiento de todos los preceptos é instituciones de su orden, añadió á ellas las austeridades de la mas rigurosa penitencia y las prácticas de la mas sublime perfección. Llamado por la augusta hermana de Felipe II á Madrid,

desempeñó con tanto acierto el difícil cargo de director de religiosas en las Descalzas Reales, que no solo manifestó con el hecho lo acertado de la elección de la princesa, sino que tambien se granjeó el respeto y veneración de toda la corte. Restituyóse después á su convento de Valencia, donde consumido no tanto por la enfermedad cuanto por sus trabajos y maceraciones, murió tranquilamente dejando en pos de sí la memoria de una vida jamás manchada con crimen alguno, y adornada siempre con todas las virtudes. No dejó el cielo de confirmar esta opinión que habian formado de Factor todos sus coetáneos; y los milagros obrados sobre el lugar de su sepultura le adquirieron la veneración del reino y el título de Beato que confirmó después solemnemente Pio VI.

En el mismo siglo y en la misma ciudad de Valencia nació en la infima clase del pueblo otro Santo, semejante en la virtud á Bertran y á Factor, pero dirigido en su juventud por caminos mas extraordinarios. Gaspar de Bono, hijo de un tejedor de lino, se manifestó en su niñez hecho el encanto de todos por su inocencia, su candor amable y sus tempranas virtudes. La pobreza de sus padres los obligó á ponerle á servir en la tienda de un mercader, el cual se enamoró bien pronto del bellísimo carácter del niño y le trató siempre como á hijo suyo. Habia en la casa otro criado, mozo instruido y que sabia bien la gramática latina, el cual, prendado del buen talento de Gaspar, le instruyó en ella y en todo cuanto sabia, de modo que al llegar este á los quince años de edad, ya se creyó en disposición de seguir los deseos que le animaban de abrazar la vida religiosa. Fuése, pues, al convento de predicadores y pidió el hábito, y como llevaba pintada su virtud en el rostro no dudaron aquellos Padres admitirle inmediatamente como seglar aprobando. Mas el Señor que no le quería todavía en el claustro, hizo que un cuñado suyo le hiciera ver las necesidades á que esponia su familia, privando á sus buenos padres de los socorros que de él entonces esperaban, y Gaspar, alzando los ojos al cielo, y conociendo la voluntad de su Dios, sin detenerse vuélvase á la casa del mercader, y sacrifica su vida por la salud de los suyos. Todos le veian desmedrado y flaco caminar apresuradamente al sepulcro, sin ninguna enfermedad conocida: el amo que le amaba en extremo, hace que observen sus pasos, y el criado que le alalaya descubre bien pronto que Gaspar apenas comia nada de lo que le daban, que todo lo guardaba, y que por las tardes en la primera ocasión lo llevaba á casa de sus pobres padres. Aflicto y sorprendido quedó su amo al ver la piedad filial de Gaspar, y deseando premiarla y tener parte en ella, dispuso que en lo sucesivo, además de su alimento ordinario, se le dieran los panes y la vianda necesaria con que pudieran mantenerse sus padres. Así fue como á la virtud de Gaspar debieron estos de todos modos su subsistencia, viéndose siempre abundantemente socorridos por cuantos llegaban á conocer las prendas amables de su hijo. Llegó este á los veinte años de edad, y no juzgando ya conveniente á su misma virtud seguir en el mercader del mercader, pidió á Dios que le descubriese el nuevo género de vida que debia abrazar. El Señor se le descubrió sin duda, y Gaspar le abrazó por seguir el llamamiento divino; pues de otro modo ¿cómo era creíble que un jóven puro como un ángel, dado á la oración y á la penitencia, como el anacoreta mas retirado del mundo, corriese á tomar las armas y á mezclarse entre la soldadesca y á vivir entre el estruendo y los desórdenes de la guerra y de las conquistas? Pero así lo dispuso el Señor; y Gaspar Bono en el año 1550 sentó plaza de soldado en un regimiento de caballería, y pasó al ejército que entonces tenia en Italia el rey y emperador Carlos V. Sin duda quiso manifestar el Señor que en todos los estados puede el hombre ser santo si le asiste la gracia del Salvador; ó tal vez quiso anticipadamente desmentir la vana filosofía del que dijo después, que el valor militar es incompatible con la fe y el espíritu del cristianismo. Porque Bono fue excelente soldado, intrépido y valiente, y exactísimo en el cumplimiento de todas las obligaciones militares, y al mismo tiempo, para decirlo en una palabra, fue un Santo; y si se ha de creer lo que él mismo decia siendo ya religioso, con mas fervor y virtud que en este estado de perfección. «Páreceme, decia, este humilde religioso, cuando era ya el ejemplo y el modelo de todos sus hermanos, que con mayor fervor servia yo á Dios siendo sol-